



carlo greppi

hija mía

vida de franca jarach,
desaparecida

CRÍTICA

CARLO GREPPI

HIJA MÍA

Vida de Franca Jarach, desaparecida

Traducción castellana de
Lara Cortés

CRÍTICA

Caer

Durante una caída libre, lo que sentimos nosotros, los seres humanos, es una ausencia de gravedad. Los dos o tres primeros segundos mantenemos un movimiento de aceleración uniforme: justo como si no tuviéramos peso. En el vacío, cada segundo que pasa, un cuerpo que se precipita aumenta su velocidad en 9,8 metros por segundo. A continuación, interviene la resistencia del aire, que crece de manera proporcional al cuadrado de esa velocidad. Se trata de la misma dinámica que podemos observar cuando lanzamos una piedra al mar: el aire se opone al avance del objeto igual que lo hace el agua. Muy pronto el movimiento acelerado agota su empuje; básicamente, se frena. O, mejor dicho, es el aire el que lo frena, así que la velocidad deja de aumentar. Prácticamente después de unos quinientos metros de caída, y debido a la acción de la fricción viscosa, se alcanza lo que se conoce como «velocidad terminal», que se estabiliza en torno a ciento noventa kilómetros por hora, o incluso doscientos, si no hay ropa. Es posible calcular cuántos segundos hacen falta para que tu velocidad se estabilice —unos doce— y cuánto tiempo de caída te queda a una velocidad constante. Si te precipitas desde una altitud de cuatro mil metros, tendrás por delante algo más de sesenta segundos. Sesenta y ocho, para ser exactos. Ese es el último minuto de tu vida. Un tiempo eterno o un abrir y cerrar de ojos en la historia de la humanidad: todo depende de la perspectiva. Tres mil quinientos metros

sobre la superficie del globo terráqueo. Y eso, si es que de verdad os lanzaban desde cuatro mil metros, como sostuvo casi veinte años más tarde Adolfo Scilingo, ex capitán de corbeta de la Armada Argentina, haciendo unos cálculos tal vez aproximados. Puede que algún día alguien intente averiguar desde qué altitud precisa caíste y tenga en cuenta también el impacto posterior.

Pero será un ejercicio inútil, como ha demostrado implícitamente, después de casi medio siglo, Luis Bernardo Fondebrider, uno de los fundadores del Equipo Argentino de Antropología Forense, que a lo largo de unos cuarenta años ha localizado en diferentes regiones del país mil doscientos cadáveres, de los que, en la fecha en la que escribo estas líneas, ha conseguido identificar seiscientos veinte. Y será inútil porque, una vez superados los cuarenta o cincuenta metros, resulta muy difícil determinar la altitud desde la que está cayendo o ha caído un ser humano: en el momento del impacto, los huesos se rompen del mismo modo, y aunque el golpe se produzca contra el agua, esta no tiene tiempo de fluir bajo el peso del cuerpo que se estrella contra su superficie, así que ofrece la misma resistencia que un sólido. Él, Fondebrider, tiene clara la evaluación de la caída desde el punto de vista de su resultado final: «No hay grandes diferencias entre cien, doscientos o más metros de altitud», sostiene. Y cuanto más subes, más vértigo sientes solo de imaginar la velocidad a la que puede precipitarse un cuerpo humano: 370 kilómetros por hora, 450 kilómetros por hora o hasta 1.357,6 kilómetros por hora, que es el récord que alcanzó en 2012 el paracaidista austríaco Felix Baumgartner, aunque él no trató de frenar, como suelen hacer «de manera natural» nuestros cuerpos, sino que intentó acelerar.

En las condiciones en las que te encuentras no sabes ni qué día es, aunque probablemente estemos a miércoles. Cada miércoles, de hecho, sois quince o veinte: así lo confesó en los años noventa Scilingo, que durante una entrevista concedida al periodista Horacio Verbitsky rompió el muro de silencio. El aeroplano partió de Buenos Aires, puso rumbo a Punta Indio, a ciento cincuenta kilómetros de distancia, y desde allí se dirigió a alta mar. Tal vez. Horroriza escribirlo, pero, casi con toda seguridad, estás desnuda, y casi con toda seguridad

te encuentras inconsciente, porque el Pentothal —o «Pentonaval», en la jerga de los asesinos— actúa alterando la capacidad de percibir lo que ocurre alrededor, e incluso llega a anularla cuando se aplica en dosis altas. Si tu mirada es capaz de captar algo, entonces verás por última vez el tono marrón del fondo de las aguas del Río de la Plata, que desembocan en el mismo trozo de océano —un mar inmóvil, semejante a una lámina azul de hielo— que yo, cuarenta y siete años más tarde, estoy observando ahora. Mientras vuelo.

El piloto Emir Sisul Hess, que había regresado de la Campaña Antártica y que llevaba poco tiempo en la Segunda Escuadrilla Aeronaval de Helicópteros (EAH2) —concretamente en la base aeronaval Comandante Espora, donde permanecería hasta 1978—, ha negado categóricamente que para este tipo de vuelos se utilizasen helicópteros, aunque en algunos casos sí que se hizo. Las razones eran, en parte, técnicas. La experiencia se adquiere con la práctica: un avión tiene más capacidad, y se necesita espacio para abrir la puerta antes de lanzarte, por muy drogada que pudieras estar. En realidad, estas cosas solo se sabrán con certeza casi dentro de treinta años, pero la práctica de los «vuelos de la muerte» ya se denunciará públicamente en Argentina dentro de ocho años, y en Europa dentro de tres.

El avión que se encuentra sobre ti, con toda probabilidad un Electra de la compañía Lockheed o un Skyvan PA, un aparato bimotor turbohélice fabricado en Belfast que se utilizaría en doscientas misiones similares a esta —durante cuatro años, contando solo los miércoles— y que se recuperaría muchos años después, se halla tal vez aún a una cota de cuatro mil metros y va pilotado por un joven de entre veinticinco y treinta y cinco años. Estás a quinientos kilómetros de la costa y llevas doce segundos cayendo.

La imaginación ahora retrocede, el rechazo es categórico: este mar que une, que supo convertirse en puente para tu madre, Vera, y para tu padre, Giorgio, y también para otros miles de exiliados treinta y siete años antes de esta caída tuya y dieciocho años antes de tu llegada a este mundo, es un mar que engulle —es un mar que mata—. Es la humanidad que blasfema contra sí misma. Así lo dijo tu madre, Vera,

a la que, mientras escribo estas líneas, le resulta insoportable pensar que sea posible ver un avión como el Skyvan, una aeronave que se encontró cuarenta y siete años después. Y lo dijo entonces con palabras mucho más evocadoras que las que están al alcance de aquellos que no han vivido tu desaparición: «El mar es una enorme tumba en la que acabaron miles de personas». A continuación, lanzó una flor al agua de ese tramo del Río de la Plata al que se asoma el Parque de la Memoria, justo antes de dirigir sus pasos hacia el Atlántico Sur y repetir: «¡Treinta mil compañeros desaparecidos presentes, ahora y siempre!». Aún sigue utilizando esa fórmula contigo: «Se llama, lo digo en presente, Franca».

¿Qué queda de ti, Franca, en este mar, en este presente? ¿Qué queda de esta historia?

Una existencia suspendida

I.

Lo entiendes enseguida. Lo has sabido desde siempre. Lo sabes. ¿El qué? Esto: para ellos es memoria; siempre lo ha sido. Se dice memoria «viva», incluso cuando hay muertos de por medio. Para ti, en cambio, es historia. Ya no estás tan seguro de dónde se encuentra el límite entre una y otra, pero en alguna parte está. En alguna parte debe estar. Porque también es eso lo que te mueve.

Esta es una historia de padres y madres desesperados por la suerte que corrieron sus hijos. Con frecuencia, sus hijas. Es una historia de madres y también de padres. De abuelas y también de abuelos.

Esta es la historia de un crimen difícil de prever antes de que se cometiese y difícil de comprender después, y es la historia de su memoria, de la infinita e infatigable lucha para evitar que caiga en el olvido.

Esta es también una historia de densas nieblas, en todos los sentidos. La niebla que se va comiendo hoy, centímetro a centímetro, el recuerdo. Y, por encima de todo, la niebla que entonces lo envolvió todo; porque es como si a ellos los hubiese engullido la nada. Con

todo, en aquel momento lo esencial ya se intuía, aunque fuese más bien proféticamente; hoy, en cambio, se sabe con certeza.

2.

Hace quince años, la primera vez que vi el rostro de Franca Jarach, —este rostro—, yo tenía más o menos su edad. Sentí entonces un sobresalto, el mismo que siento ahora y cada vez que reúno el coraje suficiente para volver a él; en su momento tal vez aún conservaba la mirada de un adolescente y se me ocurrió que ella podría haber sido para mí algo así como una hermana, una amiga, una compañera... aunque perteneciese a la generación de mis padres.

Con la salvedad de que Franca nunca llegó a cumplir la edad de mis padres. Fue su segundo y último novio quien tomó esta magnética fotografía muy poco antes de que la secuestraran.



3.

Ahora la mirada será la del historiador, pero el punto de partida consistirá en un cortocircuito virtual.



Franca Jarach

Hija de Vera Vigevani Jarach



Nacimiento: 19 de diciembre de 1957 (edad: 65 años),
Buenos Aires (Argentina)

Padres: Vera Vigevani Jarach

Hoy —escribo en marzo de 2023— Franca Jarach tendría sesenta y cinco años. Eso, si no hubiese *desaparecido*.

O tal vez precisamente porque desapareció: no está ni muerta ni viva. Es una realidad paralela: en internet se asegura que Franca *tiene* hoy sesenta y cinco años. El algoritmo es despiadado, como lo fue la Junta Militar: hoy en día, la red no ve la muerte de Franca.

4.

Pero antes de empezar por el principio es necesario abordar la cuestión de las huellas. De las pruebas —incluso las engañosas— que tanto nos cuentan acerca de esta historia y de su laberíntica memoria. Es necesario, en definitiva, comenzar también por ese fin que no existe.

Vestida de felicidad

I.

Las últimas llamadas telefónicas que abren la puerta de esta realidad paralela de la desaparición forzada son dos. El preludio tiene lugar poco antes, cuando Franca habla en persona, largo y tendido, con su mejor amiga, Diana. Se encuentra en la clandestinidad, no ha regresado al Colegio Nacional de Buenos Aires (CNBA) desde que la expulsaron. Y pide una ayuda que Diana no puede brindarle. Porque también su vida pende de un hilo. La primera de esas dos últimas llamadas telefónicas se produce el mismo día del secuestro: el viernes 25 de junio de 1976 Franca se pone en contacto con su novio, Enrique, de diecinueve años, con el que empezó una relación sentimental hace ya más de un año y medio. Llevan meses planteándose irse a vivir juntos, aunque la idea no se materializa. En la noche del jueves Franca durmió en casa de él, pero al día siguiente se marchó. Ahora lo llama desde una cabina telefónica o desde algún local para avisarle de que ha perdido su documentación, probablemente en algún autobús (en un «colectivo»), y que va a intentar acercarse a la estación terminal para recuperarla. La última llamada, finalmente, tiene lugar dieciséis días más tarde, cuando Franca, secuestrada en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), telefonea a su casa. Por diversas razones, la combinación de estas dos conversaciones telefónicas

—una, con Enrique; la otra, con su casa— despista estrepitosamente, confunde, borra huellas, hace perder el tiempo.

La última conversación telefónica empieza en italiano —quien responde es su padre, que un cuarto de siglo atrás se convirtió ya en «Jorge»—, pero después Franca se ve obligada a pasar al castellano para que sus secuestradores puedan entender lo que está diciendo y —se supone— dar su visto bueno a las mentiras que la han forzado a decir. Lleva dos semanas y dos días en sus manos, tendría mucho que contar, pero empieza por explicar —con una voz *increíblemente* serena— que le queda poco tiempo para hablar y que se encuentra bien.

2.

La han buscado y la han deseado tanto. Han pasado mucho tiempo intentando tener un hijo, sin éxito. Pero, a las puertas del verano austral de 1957, Vera, de veintinueve años, se encuentra al fin en un estado muy avanzado de su embarazo. Después de nueve años de matrimonio, los Jarach se preparan para recibir a su tan anhelada hija. El momento que precede a su llegada es una fiesta. «¡Pero ya antes de nacer me obligaste a aprender!», diría más adelante Franca a los suyos con un tono irónico. De hecho, en las paredes de su habitación, que sigue intacta, congelada en el tiempo, sus padres le pintaron un alfabeto italiano, un paquidérmico y fabuloso abecedario, con una imagen por letra: A de *alberi* (árboles), B de *bambini* (niños), C de *cavallo* (caballo) y así sucesivamente, pasando por la L de *labirinto* (laberinto), la Q de *quartetto* (cuarteto), la R de *ritratto* (retrato) o la T de *teatro*, hasta llegar a la Z de *zebra* (cebra), a cierta distancia de la M de *musica* (música) o la N de *natale* (Navidad).

Cuando nace Franca —una bebé de poco más de tres kilos—, a las doce y veinte del mediodía del día 19 de diciembre de 1957, jueves, el periódico *La Nación* dedica una amplia cobertura a un «plan terrorista» frustrado en La Plata y, en la misma página, da cuenta de una «comida de compañerismo» de la Escuela Nacional de Guerra en un restaurante del centro de Buenos Aires. Los primeros días de vida de

Franca en aquel tórrido mes de diciembre son calurosos, lo que obliga a la población a dormir con las ventanas abiertas, a pesar del ruido del tráfico; el periódico local informa también de una pertinaz lluvia que ha afectado a una amplia zona y ha alcanzado el norte, el centro y el este de la capital.

Acaba de salir de la imprenta una obra que refleja a la perfección el incierto estado de salud del país. Se trata de *Operación masacre*, de Rodolfo Walsh, un reportaje que se publicó en nueve entregas en la revista *Mayoría* y que este mismo año se ha reunido en un libro de Ediciones Sigla. Esta investigación de Walsh, visionaria tanto por su contenido como por su método —es el nuevo periodismo que se adelanta en ocho años a la obra *A sangre fría*, de Truman Capote—, narra el asesinato de un grupo de civiles en junio de 1956 a manos de los militares argentinos; un acto de represalia contra un levantamiento que había liderado el general Juan José Valle para exigir la celebración de elecciones libres. Aquella masacre que denunció el autor y que dejó «cinco muertos seguro [...], un herido grave y seis sobrevivientes», además de sus «dieciséis huérfanos», puede considerarse un horrible y endeble prefacio de lo que acabaría ocurriendo veinte años más tarde, cuando los militares le declararon la guerra a la sociedad y la arrollaron de un extremo a otro. Además, las fuerzas armadas argentinas están recibiendo formación sobre los métodos de la contraguerrilla francesa, inspirados en los conflictos asimétricos de Indochina y Argelia. En estos mismos meses, el geólogo Héctor Germán Oesterheld, de raíces españolas y alemanas, se convierte en uno de los guionistas de historietas más célebres de la literatura mundial: es autor de la obra maestra *El Eternauta*, un libro igualmente visionario que relata una invasión alienígena donde se retoman escenarios de la guerra fría y se incluyen referencias implícitas al crecimiento exponencial de la presencia de los militares en la vida civil de Argentina y, en general, de Sudamérica (unas circunstancias que el autor conocía de primera mano). Las primeras páginas de este cómic se publican en la revista *Suplemento Semanal Hora Cero* el 4 de septiembre de 1957, algo más de tres meses antes de que naciera Franca y mientras el servicio de información de la Armada Argentina se está preparando para formar a sus hombres de cara a un giro represivo, que, como revelaría

Scilingo, empezaría a materializarse en 1958. Pero esto es algo que no se descubriría hasta más adelante.

Es una vida feliz, la de la pequeña Franca, y, a todos los efectos, es una vida ítalo-argentina: con sus padres siempre habla en italiano y con sus amigos, en castellano, aunque a ellos les quedarán para siempre en el recuerdo retazos de frases que ella pronuncia en su lengua materna, como «*non c'è bisogno*» (no hace falta) o «*anche io*» (yo también). Italiana para Italia, argentina para Argentina, hija de dos mundos: como recordaría Enrico Calamai, vicecónsul en Buenos Aires durante los años de la dictadura, «los hijos de italianos nacidos en Argentina son argentinos, en virtud de la legislación argentina, que se basa en el *ius soli*, pero también italianos, de acuerdo con la legislación italiana, basada en el *ius sanguinis*». Y miles de desaparecidos serán de nacionalidad italiana o hijas e hijos de italianos (solo en los dos primeros años de la dictadura se presentaron más de mil seiscientas denuncias relativas a ciudadanos que poseían un pasaporte de Italia). En ellos se fusionan la etimología de 'patria' y la de 'nación': la tierra de los padres y la tierra en la que se nace.

El consejero primero de la Embajada de Italia en Buenos Aires por aquel entonces, Bernardino Osio, el «mago impotente» de esta historia, recordaría que la negativa de Argentina a reconocer el *ius sanguinis* supuso un escarnio especialmente amargo, que frustró prácticamente todos los intentos que emprendieron el Consulado y la Embajada para salvar a los italianos de segunda generación. Franca es una de las muchas personas que nacieron al otro lado del Atlántico a mediados del siglo pasado: vino al mundo en el Cono Sur durante una etapa de profunda mezcla cultural; las migraciones transcontinentales, que ya habían conducido a centenares de miles de europeos hasta tierras sudamericanas, seguían modificando incesantemente la cultura de países como Argentina, donde se calcula que cerca de la mitad de la población (cuando no incluso más) es de origen italiano. Como prueba, baste recordar *seis de los apellidos de los nueve* imputados en el conocido como Juicio a las Juntas, que se celebró en 1985: Massera, Agosti, Viola, Lambruschini, Graffigna y Galtieri. Sin embargo, la historia de los Jarach es particular.

En 1939, los padres de Franca, «refugiados políticos», según el lenguaje de su época, consiguieron al mismo tiempo —aunque sin saber aún nada el uno del otro— colarse por la alambrada de un mundo cerrado que había dado sistemáticamente con la puerta en las narices a los judíos que huían de las persecuciones. Pero no ocurrió lo mismo en Argentina, donde Vera y Giorgio llegaron en marzo, a menos de seis meses del estallido de la Segunda Guerra Mundial, y se sumaron así a las filas de los miles de judíos italianos que encontraron refugio al otro lado del Atlántico. Podríamos decir que la suya fue una migración «forzada»: afectó a un millar de personas que llegaron al país latinoamericano en forma de «grupos familiares encabezados por profesionales de mediana edad» y que en su mayoría eligieron Buenos Aires (y también Tucumán) como destino, según leemos en el libro *Tantas voces, una historia: italianos judíos en la Argentina 1938-1948*, que publicó la propia Vera junto con Eleonora Maria Smolensky. En la minidiáspora de Buenos Aires nació una comunidad cohesionada, con sólidos lazos de amistad y un elevado nivel cultural; se trataba de los típicos lazos que tejen los migrantes obligados a rehacer sus vidas, como observa Luciano Pugliese, el «favorito» de entre todos los primos argentinos de Franca. Paradójicamente, aquel viaje acabó siendo «una cosa maravillosa» y divertida («jugábamos a las escondidas en el barco, nos bañábamos en la pileta y aprovechábamos todos los juegos que tenían los barcos italianos en aquella época», recordaría Vera). La niña, que había zarpado con diez libros de aventuras de la colección «Biblioteca Salani per ragazzi», comprados gracias a las cincuenta liras que le había regalado su adorado abuelo Ettore Felice Camerino, cumplió los once años en medio del Atlántico, donde, además, forjó una estrecha amistad con Paola Vitale, la hermana de Lancilloto (apodado «Lallo»); unos lazos que durarían toda una vida.

Después de un noviazgo que comenzó cuando Vera tenía dieciséis años, los Jarach se casaron y se fueron a vivir a la calle Montañeses, en Belgrano, en la zona norte de Buenos Aires. Allí entablaron también una sólida relación con otros italianos, con otros judíos italianos como los Vitale, y con familias de orígenes diversos. De hecho, los apellidos de las personas más cercanas o, en todo caso, más decisivas

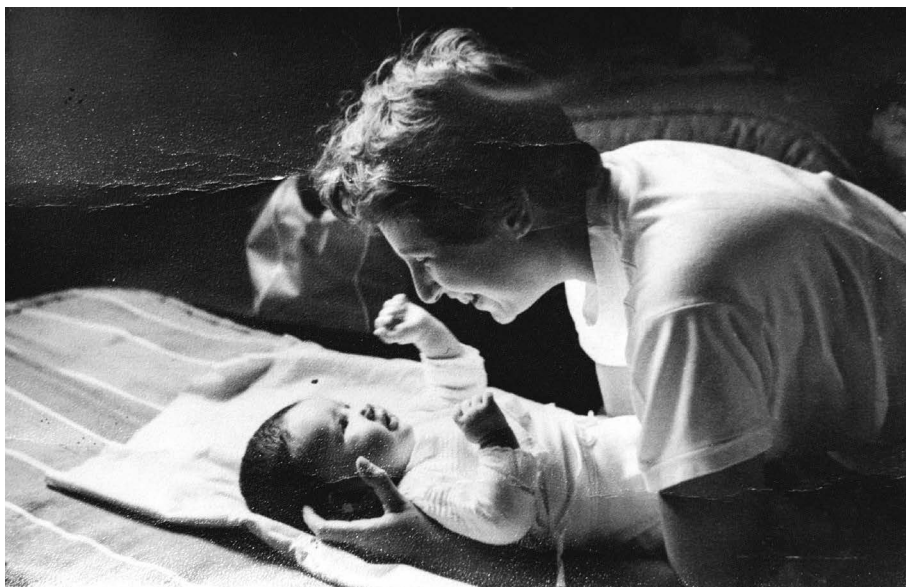
para Franca dan cuenta de esta «mezcolanza» heterogénea y cosmopolita de procedencias e historias familiares. Baste una rápida lista de ejemplos: Bises, Savransky, Winocur, Kleimann, en la infancia; Rudnitsky, Guelar, Segal, Weinschelbaum, Pennella o Gabay, en los primeros años de la adolescencia; Shore, Fernández o Álvarez, en torno a la mayoría de edad.

La segunda generación, de la que forma parte Franca, crece «a medio camino» entre Italia y Argentina, entre hijos o descendientes de italianos, españoles, alemanes, polacos... que son, todos ellos y ellas, argentinos. Y en esta nueva tierra encuentra ecos de aquella que dejaron atrás sus padres; en el caso de los Jarach, en concreto, en dos lugares en los que pasan buena parte de su tiempo libre: la casa del Tigre, en el inmenso y magnífico delta del río Paraná —que desemboca en el Río de la Plata y desde allí continúa hasta el mar— y la casa de San Carlos de Bariloche, rodeada por los Andes, que tanto recuerdan a los Alpes de la Italia septentrional, la región de la que proceden la familia de Vera (oriunda de Milán) y la de Giorgio (de Trieste). Belgrano, el Tigre y Bariloche serán los tres lugares más queridos de la pequeña Franca, incluso después del mes de marzo de 1971, cuando su entrada en el Colegio Nacional cambiaría las coordenadas de los cinco últimos años de su existencia. Entre los amigos de toda la vida se encuentran los Magrini (los únicos que permanecieron ininterrumpidamente en Argentina hasta la desaparición de Franca e incluso después de ella), Paola Vitale y su compañero (más adelante, su marido), Giorgio Menghi (que regresaron inmediatamente a Italia) y los Bises. Entre ellos estaba también la que durante casi un siglo sería la mejor amiga de Vera, Anna, nacida igualmente en 1928, que se había marchado a Argentina tan solo unas semanas antes que ella (aunque en su caso con un solo libro bajo el brazo: *El conde de Montecristo*) y que se casó con Lancillotto «Lallo» Vitale, con el que tuvo tres hijos entre 1951 y 1958: Marcello, Alida y Micaela. Pocos años después llegaría «la época de los vídeos caseros»: «una verdadera pasión», como reconstruiría la historiadora Marcella Filippa, biógrafa de Anna Bises. Precisamente Anna ha legado al Archivo Nazionale Cinema d'Impresa, en Italia, un tesoro íntimo de incalculable valor para la memoria futura: varias horas de películas

mudas en ocho milímetros, rodadas a lo largo de tres décadas y en tres continentes distintos.

Busco a Franca en los vídeos grabados en Buenos Aires entre 1960 y 1961: en total, una decena de minutos en blanco y negro. Ella no aparece, pero a través de los pequeños Vitale ese mundo que también fue el suyo aflora, entre saltos a la cuerda, bailes al son del acordeón (cuya música solo podemos imaginar; ¿sería quizá un tango?), partidos de fútbol en los que participan hombres elegantes, mujeres, niños y niñas (las madres, entre risas, limpian a los pequeños los culotes manchados de hierba), bromas, paseos por el puerto, hasta donde se podía llegar en los años treinta, bailes en plena calle, tiouvivos, escaladas a los árboles, partidos de polo seguidos desde el estadio, virtuosismos de esquí náutico, escenas en la escuela primaria de estos niños radiantes que compartieron con Franca sus primeros años de vida... Por lo general, las niñas iban con falda. Y, en el colegio, todos utilizaban uniforme. Es un mundo a caballo entre una visión tradicional de la sociedad y de los roles —de género, sobre todo— y una visión completamente renovada. Pero la *alegría pura* que transmiten estos magnéticos minutos es la de abuelas y abuelos, padres y madres, hijos e hijas que viven despreocupadamente: es el sentido de libertad absoluta encajonada entre dos abismos; es el retrato en movimiento de una comunidad que había conseguido realmente reconstruir su vida, pero que sufriría, en el caso de la familia Vitale-Bises y de la familia Jarach, tres tragedias diferentes en el espacio de unos pocos años. Y el culmen más terrible —porque era humanamente evitable, porque fue espantosamente criminal— fue precisamente la desaparición de Franca.

Aunque en estos excepcionales documentos videográficos no se la vea, lo cierto es que no faltan imágenes suyas de cuando era niña o adolescente. Pero, aunque se cuenten por centenares, la cantidad de fotografías de Franca que podemos localizar no llega a la de las imágenes que, en los años veinte del siglo **xxi**, cualquiera de nosotros puede tomar de sus hijos en apenas un mes. Y eso no necesariamente es algo malo. Porque para ver a Vera con Franca en sus primeros meses de vida, a principios de 1958, basta con una sola foto.



Una imagen que parece estar diciendo «el futuro es nuestro». Pero ¿qué fotografía de un recién nacido no comunica ese mismo mensaje?

Por cierto, ¿cuál fue la primera palabra que pronunció la pequeña Franca?

«La misma que dicen todos los niños... Mamá», me cuenta Vera, riendo, riendo y riendo, como si la emoción de aquel momento que vivió allí, en la casa de Belgrano en la que pasaría el resto de su existencia, aún estuviese presente.

3.

—¿Hola...? ¿Hola?

—...

—¿Sí? ¿Hola? ¿Sí? *Non si sente*. [No se oye.]

—¿Hola?

—¿Hola?

—¿Papá?

—Sí.

—*Scusa*. [Perdona.] Franca.

—*Dove sei?* [¿Dónde estás?]

—*Senti...* [Oye...], te tengo que hablar en castellano. Estoy... Te... Tengo muy poco tiempo [...] para hablar.

—Sí.

—Quería decirte que estoy muy bien, que estoy detenida en un... en una dependencia de Seguridad Federal.

—Sí.

—Y que estoy bien, que me abrigan, me cuidan y me dan de comer.

—¿Y cómo te dejan hablar?

—¿Eh?

—¿Y cómo te dejan hablar?

—Me dejan hablar... No sé, me dieron permiso para hablar... Y pronto nos vamos a ver.

—¿Que pronto nos vamos a ver?

—Sí.

—¿Estás bien?

—¿Ustedes cómo están?

—Bien, muy bien. ¿Vos estás bien?

—Sí, sí. Yo estoy bien, no se preocupen, realmente estoy bien; como bien, estoy abrigada, si me enfermo tengo remedios y estoy bien.

—Bueno...

—Bueno, entonces un beso grande. ¿Y mamá? ¿Cómo está?

—¿Mamá? Estamos bien, tesoro.

4.

Con tres años y medio, en junio de 1961, Franca empieza a ir al jardín de infantes; sus padres preparan una especie de «documento de identidad» escolar que nos permite descubrir que su clase se llama «The Little Indians» y su maestra es la señorita Alexina. Tanto el padre como la madre trabajan, así que mientras la pequeña asiste a las clases de parvulario es fundamental el apoyo de la tata Dina, una santiagueña (de Santiago del Estero) que se convertiría en una figura

central en la vida de la niña y, más tarde, de la adolescente Franca. No hay nadie en su círculo que no mencione su presencia constante. Entró al servicio de los Jarach en 1949, ocho años antes de que naciera la única hija de este matrimonio. Duerme en su casa de la calle Montañeses, se encarga de hacer la compra, de realizar las tareas domésticas, de coser y de cocinar. Las amigas y los amigos de Franca recuerdan su cabello oscuro, su piel igualmente oscura —consigo al fin verla en una fotografía tomada muchos años después—, su presencia amorosa y reconfortante, sus pastafrolas y su guiso de papas... aunque el plato favorito de la pequeña Franca son las tostadas con «manteca» (mantquilla), que Dina, que la cuida como si fuese su propia hija, le prepara constantemente.

Desde el principio, la niña destaca por su inteligencia «luminosa» —así la calificó su madre, Vera—, vivaz y fuera de lo común: Gustavo Szulansky, apodado «el Chulo» —un compañero de colegio que le dedicó una breve y preciosa biografía novelada, *Franca, 18 años. Desaparecida*—, narra una anécdota familiar: para redondear los ingresos que consigue gracias a sus colaboraciones periodísticas, Vera decide trabajar junto con una amiga como animadora de fiestas infantiles. Pues bien, en un ensayo para un teatro de títeres, Franca hace de conejillo de Indias. Una marioneta le pregunta entonces cómo se llama y trata de adivinar su nombre, equivocándose adrede: «¡Juana!», «¡Antonietta!». Entonces la niña mira detrás del telón y espeta: «Pero mamá, ¿no te acordás cómo me llamo?».

La suya es «una existencia fácil, casi siempre alegre» dentro de «una pequeña familia unida y sana», como confesaría veinte años más tarde Vera en una carta a su primo Alberto Vigevani, después de recordar el «corte más bien limpio» y especular que experimentó su propia infancia: «Cumplí once años a bordo del barco que nos conducía a Argentina. Todo quedó terriblemente “atrás” y lejano. Después, en varias ocasiones, he recuperado alguna que otra cosa, pero siempre ha sido como estar ante un enorme barranco con tan solo unos fragilísimos puentes de nieve por los que atravesarlo»; un corte tal vez «saludable», dado que, al perder las raíces —continuó—, «me sentí desde entonces desligada y libre de muchas cosas». Así pues, Franca viene al mundo con el regalo de esta libertad, liberada de ese barranco y con

un impulso hacia el futuro meticulosamente construido por sus progenitores, que se estrenan en la paternidad a una edad más avanzada que la media, dado que ya habían cumplido treinta años. Por cierto, pese a que lo intentaron, no consiguieron tener otro hijo, según me cuenta su prima Dori (hubo como mínimo un segundo embarazo, pero no llegó a término, pese a estar ya en un estadio avanzado).



Franca tiene cinco primos hermanos: dos mayores, por parte de madre —Dori y su hermana, Silvana— y tres por parte de padre —Gabriel, Bruno y Luciano—. Solo el último es más pequeño que ella, aunque por poco: Luciano, conocido como «Luli», nace un año y medio después que Franca y es «como su hermano», me asegura Dori. Es hijo de la tía Pia y de Giorgio Pugliese y representa algo más que una presencia familiar: desde que tiene memoria, sus recuerdos están ligados a su prima y a los tíos Jarach, según me cuenta, sin poder contener las lágrimas. Rememora con «cierta envidia» a aquella familia que cultivaba el amor por la literatura y que se esforzaba por transmitir una irrefrenable y tenaz vitalidad «en todas las áreas: la vida, el conocimiento, la cultura»; su predisposición a «dis-

frutar de la vida, viajar, tener amigos» tenía, eso sí, un contrapunto: cierta manera seria y rígida de concebir la existencia. De hecho, los Jarach no dudan en mantener fuertes discusiones, que pueden hacer sentirse incómodas a muchas de las personas que han entrado con una enorme naturalidad en su círculo mágico, siempre abierto a incorporar a nuevos miembros y siempre lleno de expectativas en relación con los jóvenes.

Papá Giorgio, un ingeniero «anómalo» con una marcada creatividad, trabaja en una carpintería metálica (Talleres Metalúrgicos Campi S. A. I. C. I.) y cada día vuelve a casa relativamente temprano (en parte porque su empresa está cerca). En cambio, mamá Vera, después de haber estado empleada en una fábrica de jerséis y en una agencia de viajes, ahora trabaja como periodista en la lejana agencia de noticias italiana ANSA, así que tiene que moverse en tren y a menudo llega tarde; como ella misma recuerda, desde que Franca aprendió a hablar, adquirieron la costumbre de contarse cada noche cómo les había ido el día. De vez en cuando ven a la abuela Lidia, la madre de Vera, «una santa», «un ser maravilloso», que cuenta una verdadera avalancha de historias reales, «aunque nosotros pensábamos que eran fantasías», me confiesa, sonriendo, Dori. «Franca adoraba a mi madre», me explica la propia Vera, y recuerda un día en el que, siendo aún muy pequeñita, la niña la acompañó a comprar verduras y, cuando salieron de la tienda, la abuela Lidia se la encontró tirada en el suelo.

«¿Qué hacés en el suelo, Franca?», le preguntó.

«¿No lo ves? ¡Estoy arreglando! Estoy ayudando a poner las baldosas... ¡Estoy reparando la ciudad!», respondió la chica. Es uno de esos muchos episodios que se han ido transmitiendo a lo largo del tiempo, tanto en su momento como aún hoy, porque, en la red familiar de la pequeña Franca, narrar y narrarse es una marca de la casa; es algo que se hace, que se hace bien y que, además, se aprende a hacer desde las primeras palabras.